En los pasajes preinsertos de Chavero sólo hay dos verdades. La primera, que la dualidad de *Ometecuhtli* y de *Omecihuatl* es la misma que la de *Tonacatecuhtli* y *Tonacacihuatl*, son el Ser Supremo, el dios creador; la segunda, que la primera dualidad es la creadora, y la segunda es la vivificadora, la conservadora, la que sustenta; y estas funciones determinan el cambio de nombre, de *Ometecuhtli* en *Tonacatecuhtli*, y de *Omecihuatl*, en *Tonacacihuatl*. En lo demás de la exposición de Chavero hay, en nuestro concepto, muchos errores. No es cierto que los nahoas no hayan tenido idea de un dios espiritual, ni tampoco es cierto que el sol fuera *Ometecuhtli*; y de ambos puntos hemos hablado extensamente en el artículo *Tloque Nahuaque*. También es inexacto que *Tonacatecuhtli* y *Tonatiuh* tengan el mismo origen etimológico, y de esto nos ocuparemos en el artículo *Tonatiuh*. *Tonacacihuatl* no es la Tierra, pues no siendo *Tonacatecuhtli* el Sol, no puede ser su esposa la Tierra. Además, *Tonacacihuatl* es creadora, y la Tierra es creatura. (*Véase* TLALLI.) Hay otros errores en la exposición de Chavero, de los que no nos ocupamos, por no ser pertinentes á la materia de que tratamos.

El más sagaz de los intérpretes de Códices pictóricos, Paso y Troncoso, determina con gran precisión la personalidad de *Tonacatecuhtli* y *Tonacacihuatl*, y sus acertos y conclusiones nos han servido de guía para señalar los errores de Chavero.

Dice que *Tonacatecuhtli*, supremo Dios, significa «El señor de nuestro mantenimiento,» y que *Tonacacihuatl* significa, en sentido recto, la mujer de nuestra carne ó cuerpo,» y en sentido translaticio «la diosa de nuestra sustancia ó mantenimiento,» y que habitaban un lugar de delicias llamado *Tocacuauhtitlan* (V.), «Vergeles donde hay todas maneras de árboles, flores y frutos,» y dominaban sobre todas las producciones de la tierra. Dice también el mismo autor que dos de los nombres de la gran diosa eran *Xochiquetzali*, numen de las flores y *Chicomecoatl*, numen de los frutos; lo cual quiere decir que los atributos dominantes de la diosa madre se repartían entre aquellas otras dos entidades de orden secundario, pues que había de la primera, *Xochiquetzalli*, á la segunda, *Chicomecoatl*, una relación de dependencia que bien se revela por medio del idioma cuando al fruto se le da el nombre de *Xochicualli*, «lo bueno, lo sustancioso, lo que se come de la flor.» Cree Paso y Troncoso que *Centeotl* no era más que un representante de *Tonacatecuhtli* en el orden de los frutos, y que en el orden de las flores tenían por coadjutor á *Chicomexochitl*, «siete flor,» el cual daba las grandezas del mundo, según el CÓDICE RÍOS, y los mantenimientos, según el CÓDICE NUTTALL, pues que le dedicaban los cascarones de los huevos de donde habían salido pollos, para darle las gracias por la merced que les había hecho en darles cría. Por último, fundándose en una lámina del CÓDICE RÍOS, *Tonacatecuhtli* era el mismo *Ometecuhtli*, y la facultad creadora se distribuía entre la deidad principal y su coadjutor *Chicomexochitl*, pues el primero creaba los seres racionales y los mandaba, ya formados, al vientre de la madre, y el coadjutor desempeñaba las funciones más

modestas creando los seres irracionales.

Tonacayahua. (*Tonaccayotl*, sustento, alimento, vida; *hua*, que tiene: «La que tiene nuestro sustento, que nos mantiene.») Nombre que le daban á *Centeotl*, diosa de la tierra y del maíz. En México tenía cinco templos; y se le hacían tres fiestas en los meses tercero, octavo y undécimo; pero ninguna nación la reverenció tanto como los totonacas, que la veneraban como su principal protectora y le edificaron un templo en la cima de un alto monte, servido por muchos sacerdotes exclusivamente consagrados á su culto. La miraban con gran afecto porque creían que no gustaba de víctimas humanas, sino que se contentaba con el sacrificio de tórtolas, codornices, conejos y otros animales, que le inmolaban en gran cantidad. Esperaban que ella los libertaría finalmente del tiránico yugo de los otros dioses, los cuales los obligaban á sacrificarle tantos hombres. Pero los mexicanos eran de distinta opinión, y en sus fiestas derramaban mucha sangre humana.

El Dr. Mier, siguiendo á Borunda, dice que la *Tonahua* era la Virgen María, madre de Jesucristo, y hace la exposición siguiente:

«Si de su templo (el de *Quetzalcoatl*) voy al de la *Cihua-cohuatl* ó muger culebra, me encuentro con una virgen blanca y rubia, que sin lesión de su virginidad parió por obra del cielo al Señor de la Corona de espinas *teohuitznahuac*, la cual estaba vestida á la manera de *Quetzalcohuatl*, y por eso la llamaban también *Cohuatlicue*, sino que la túnica *cueitl* estaba esmaltada de piedras preciosas, símbolo de su virginidad, y por eso le decian *Chalchihuitlicue*, y el manto era azul *Matlalcueye*, y sembrado de estrellas *Citlacue* (adviértase que *citlalin*, *estrella*, es palabra Chinesa) y por otro nombre se llamaba *Tonacayohua*, esto es, madre ó señora del que ha encarnado entre nosotros, así como llamaban á las cruces *tonacayuitl*, árbol del que encarnó entre nosotros, pues *nacayo* significa encarnar. Esta diosa, dice Torquemada, prohibia y detestaba los sacrificios humanos.» Nacayo significa «carnudo, carnoso,» y no encarnar, como dice el Dr. Mier.

Tonalamatl. (*Tonalli*, dia; *amatl*, papel: «Papel de los días,» Calendario.) Es un modo especial de computar el tiempo que sólo se halló empleado en algunos pueblos de América antes de la Conquista. Era un período de tiempo de 260 días dividido en 20 partes de 13 días cada una, llamadas trecenas, y de ambos factores 20×13 resultaba el producto 260. Los nahoas llamaban á este cómputo *Cemilhuitlapohualiztli*, cuenta de las fiestas ó días rituales.

En cuanto á su origen, decían los mexica que los inventores fueron *Cipactonal* y su mujer *Oxomoco*, razón por la cual les ponían en medio de los libros en que las figuras estaban escritas. El P. Mendieta trae una descripción minuciosa de la formación del *Tonalamatl*. Dice así: «Para tratar de las fiestas que estos indios de la Nueva España (en especial los de México, Texcuco y Tlaxcala) hacian á sus dioses, es de saber cuanto á lo primero, que tenian su calendario por donde se regian, y tenian señalados sus dias del año para cada uno de

los diablos á quien hacian fiesta y celebraban, asi como nosotros tenemos dedicado su dia en tal ó tal mes á cada uno de los santos. Que en esto parece haber tomado el maldito demonio oficio de mona, procurando que su babilónica y infernal iglesia ó congregacion de idólatras y engañados hombres, en los ritos de su idolatria y adoracion diabólica remedase (en cuanto ser pudiese) el órden que para reconocer á su dios y reverenciar á sus santos tiene en costumbre la iglesia católica. Y dando relacion los indios viejos del principio y fundamento que tuvo este su Calendario, contaban una tonta ficcion, como son las demas que creian cerca de sus dioses. Dicen que como sus dioses vieron haber ya hombre criado en el mundo, y no tener libro por donde se rigiese, estando en tierra de Cuernavaca en cierta cueva dos personajes, marido y mujer, del número de los dioses, llamados por nombre *Oxomoco* y ella *Cipactonal*, consultaron ambos á dos sobre esto. Y pareció á la vieja seria bien tomar consejo con su nieto *Quetzalcoatl*, que era el idolo de Cholula (como arriba se dijo), dandole parte de su propósito. Pareciole bien su deseo, y la causa justa y razonable: de manera que altercaron los tres sobre quien pondria la primera letra ó signo del tal calendario. Y en fin, teniendo respeto á la vieja, acordaron de le dar la mano en lo dicho. La cual andando buscando qué pondria al principio del dicho calendario, topó en cierta cosa llamada *Cipactli*, que la pintan á manera de sierpe, y dicen andar en el agua, y que le hizo relacion de su intento, rogándole tuviese por bien ser puesta y asentada por primera letra ó signo del tal calendario; y consintiendo en ello, pintáronla y pusieron *ce Cipactli* que quiere decir «una sierpe.» El marido de la vieja puso dos cañas, y el nieto tres casas, &c., y de esta manera fueron poniendo hasta trece signos en cada plana, en reverencia de los autores dichos y de otros dioses que enmedio de cada plana tenian los indios, pintados y muy asentados en este libro del calendario, que contenia trece planas, y en cada plana trece signos, los cuales servian tambien para contar los dias, semanas, meses y años: porque ya que los dichos signos no llegaban al número cumplido de los trescientos y sesenta y cinco que tenian como nosotros, tornaban del principio hasta donde se cumpliesen; y porque sus meses eran diez y ocho, á veinte dias cada mes, hacian trescientos y sesenta dias, y á los cinco que quedaban tenian por aciagos ó de agüeros, por ser fuera del número cumplido y llamábanlos *nemontemi*, que quiere decir: «que caen de balde y sin ser menester.»

En cuanto al modo de intercalar el *Tonalamatl* en el año solar y de formar con las trecenas los *tlalpilli* ó periodos de 13 años, véase el artículo CALENDARIO.

Orozco y Berra cree que los zapotecas fueron los autores del *Tonalamatl*, y que de ellos lo tomaron los nahoas, aunque inventaron la fábula que hemos visto en Mendieta, para atribuirse ellos la formación del *Tonalamatl*, el cual entre los zapotecas tenía el nombre de *pije* ó *piyê*. Chavero opina, y nos adherimos á su opinión, que los sacerdotes toltecas fueron los autores de tal Calendario, y opina también que no

fué el primitivo, esto es, que no fué el primer modo de computar el tiempo, y para ello aduce las razones siguientes:

«Encontrados los puntos solsticiales, habían encontrado también los nahoas el año solar, es decir, el período de tiempo que empleaba el astro para volver al punto del primer solsticio; lo que hace suponer que los nahoas comenzaban su año por el solsticio de invierno. En este sentido es exacto el sistema del señor Orozco. Por tal procedimiento, los nahoas no necesitaron para llegar al año solar, como otros pueblos, tomar antes en consideración los períodos de la luna.

«El año solar nahoa fué al principio de 365 días completos, y éste era entonces el año civil y el año astronómico. Boturini dice que nuestros antiguos pueblos tuvieron cuatro calendarios: el del año natural, que fué el más antiguo; después se formaron el astronómico y el cronológico, que tuvieron por objeto dirigir la agricultura y arreglar los días del año, y que finalmente se formó el calendario ritual. Nos parece confusa la división de Boturini y creemos alcanzar mayor claridad reduciendo los calendarios á tres, ó más bien los años de los nahas. Los primeros fueron los años astronómico y civil, ambos de 365 días, y naturalmente confundidos al principio; pero diferenciábase patentemente de ambos el año ritual, compuesto por los sacerdotes y que solamente constaba de 260 días. A la pintura jeroglífica en que se consignaba este ritual, se la llamaba entre los mexicanos *Tonalamatl* ó *papel de los días;* y por extensión se dice también *Tonalamatl* al año de 260 días.

Algunos escritores, y entre ellos el señor Orozco, creen que éste fué el año primitivo nahoa, y que de él se pasó al solar. No encontramos ninguna razón en que apoyar esa aseveración: al contrario, la falta de culto entre los nahoas y el reducirse éste á la adoración del sol, debió darles desde muy temprano, por la observación necesaria de este astro, el conocimiento de su curso anual. Además, pueblo agricultor el nahoa, su primer interés estaba en observar las estaciones del año solar. El ritual supone gran desarrollo en el culto y por lo tanto es posterior: aun nos atreveríamos á suponer que fué formado en la región tolteca en que el sacerdocio tomó mayor incremento. Pero sucedió que más tarde se combinaron el año de 260 y el de 365 días, y prevalecieron los elementos del primero: de aquí vino la confusión y que no conozcamos las divisiones primitivas del año solar.»

Continúa Chavero explicando la formación de la veintena ó mes del año solar. (*Véase* VEINTENA), y agrega:

«Formados los veinte días, base del año civil, los sacerdotes nahoas inventaron un año religioso combinando sus números simbólicos 20 y 13, los que multiplicados les dieron un período de 260 días. Este período, que llamamos *Tonalamatl*, no se dividió en veintenas, porque entonces se habría confundido con las del año civil, sino que se compuso de veinte trecenas, en las cuales corrían trece veces los veinte días, poniendo en cada una á los días un número progresivo de orden. En el año civil no había que numerar los días, pero se tenía necesidad de dis-

tinguir cada una de las veintenas con nombre diferente; mientras que en el ritual, como por la numeración el mismo signo no se repetía con el mismo número en todo el año, no era preciso poner nombres á las trecenas. Así es que se han equivocado los autores al decir que el *Tonalamatl* se compone de trece meses de á veinte días, pues no se tomaban en él en cuenta las veintenas; su verdadera composición era de veinte trecenas.»

En seguida hace mención de la lámina que encabeza el Códice Fejervary, que es un calendario completo ritual y astronómico, en la cual aparece *Totec*, dios del tiempo, rodeado de los veinte signos de los días, y después de cada signo hay doce puntos ó numerales, que, unidos al signo correspondiente, lo repiten trece veces, haciendo con todos ellos el período de veinte trecenas ó 260 días, y agrega:

«Ahora bien, para que se comprenda claramente esta ingeniosa combinación, vamos á poner en seguida las dos primeras trecenas y la última del *Tonalamatl* nahoa.

Primera trecena.

1. *Acatl.*
2. *Ocelotl.*
3. *Cuauhtli.*
4. *Cozcacuauhtli.*
5. *Ollin.*
6. *Tecpatl.*
7. *Quiahuitl.*
8. *Xochitl.*
9. *Cipactli.*
10. *Ehecatl.*
11. *Calli.*
12. *Cuetzpallin.*
13. *Cohuatl.*

«Aquí tenemos que hacer dos observaciones: primera, que para referirse á cualquier día se cita con su numeral, pues así se sabe á qué trecena corresponde, y no se confunde con los otros doce días del mismo signo del año ritual, y segunda, que como la numeración sólo llega á trece y los días son veinte, hay que comenzar la segunda trecena aplicando el número 1 al décimocuarto día, hasta llegar al vigésimo, al que le corresponde el número 7, y volver á contar los días poniendo al primero el número 8, y así sucesivamente repitiendo trece veces los veinte días y aplicándoles veinte veces la serie de trece numerales.

Segunda trecena.

1. *Miquiztli.*
2. *Mazatl.*
3. *Tochtli.*
4. *Atl.*
5. *Itzcuintli.*
6. *Ozomatli.*
7. *Malinalli.*
8. *Acatl.*
9. *Ocelotl.*
10. *Cuauhtli.*
11. *Cozcacuauhtli.*
12. *Ollin.*
13. *Tecptl.*

«Siguiendo así el orden sucesivo de días y de numerales, tendremos la

Última trecena.

1. *Xoxitl.*
2. *Cipactli.*
3. *Ehecatl.*
4. *Calli.*

5. *Cuetzpallin.*
6. *Cohuatl.*
7. *Miquiztli.*
8. *Mazatl.*
9. *Tochtli.*
10. *Atl.*
11. *Itzcuintli.*
12. *Ozomatli.*
13. *Malinalli.*

«Creo que con esto se comprenderá la combinación de las trecenas y de los días que les corresponden.»

Pasa después el mismo autor á investigar cuál ha podido ser el origen del año de 260 días, único y no parecido á otro en ningún pueblo ni edad, y cuál la causa de su división en trecenas, período también completamente original, y dice:

«Boturini dice que esta división en trecenas viene de que los indios dividían los movimientos de la luna en dos tiempos: el primero, á que llamaron *desvelo*, desde la salida del sol hasta la oposición, y el segundo, llamado *sueño*, hasta que en su entender se acostaba la luna por la mañana, y agrega que cada uno de estos períodos era de trece días. Gama lo confirma diciendo que las trecenas representaban los movimientos diarios de la luna, desde que aparecía después de la conjunción hasta poco después del plenilunio; á cuyo intervalo, en que se ve de noche sobre el horizonte, llamaba *ixtozoliztli*, y desde que comenzaba á desaparecer de noche hasta cerca de la conjunción, en que se veía de día en el cielo, le decían *cochiliztli*, por suponer que entonces dormía de noche. El señor Orozco acepta el sistema y lo explica diciendo que trece es la mitad de los días que la luna es visible á la vista desnuda, hecha abstración de los días en que desaparece poco antes y poco después de la conjunción.«

Chavero después de hacer un estudio de lo que llamaban los indios «sueño de la luna,» *Cochiliztli* (V), y «desvelo de la luna,» *Ixtozoliztli* (V), declara que es inadmisible sacar la trecena del período lunar. Seguimos nosotros esta opinión.

A continuación dice Chavero:

«Si las revoluciones de la luna no influyeron en la formación de este calendario, como no habían influído en la del año solar, no sucedió lo mismo con el período de la estrella de la tarde, que fué su verdadera base, según relato de Motolinía. Dice éste que el tiempo en que se ve brillar á esta estrella en el poniente, después del ocaso del sol, es de doscientos sesenta días y que de ahí se formó este año especial. No creemos, como algunos autores, que este período fuese el resultado de cálculos astronómicos: fué efecto por una parte de la observación de los días en que la estrella brillaba con toda claridad, y por la otra, de la combinación de sus números simbólicos, pues repetidas veces observamos que los sacerdotes sujetaban los mismos hechos históricos á cifras cronológicas fijas y pudieramos decir cabalísticas.

«Esta es una de las particularidades que más distingue á la cronología nahoa, pues es la única fundada en el período de la estrella de la tarde. Se comprende, desde luego, que los sacerdotes de *Quetzalcoatl* inventaron este calendario ritual, y es de suponer que tuvo su origen en la región tolteca en que

se desarrolló más y en donde dominó el culto de ese dios, como lo demostrarán hechos posteriores. De aquí nació un nuevo mito: *Quetzalcoatl* aparece ahora como autor del calendario, cuando antes hemos visto que lo eran *Cipactli* y *Oxomoco*. Pero atendido el diverso origen de ambos mitos, podemos explicar su contradicción aparente. *Cipactli* y *Oxomoco* son origen de la cronología y, por consiguiente, del año solar, y *Quetzalcoatl* lo fué del ritual.»

Esta opinión de Chavero, fundadada en la doctrina de Motolinía, sólo es aceptable á falta de otra mejor, pues no es exacto que la estrella vespertina, ni menos la matutina, tengan un período igual á 260 días; y, por consiguiente, 13×20 no tienen relación con los períodos de la estrella, como no lo tienen tampoco con los movimientos de la luna.

Aunque en el artículo CALENDARIO hemos hablado de la estructura del *Tonalamatl*, ampliaremos aquí la materia, para que se conozca perfectamente su organización.

Sabemos ya que se componía de los veinte días repetidos trece veces; pero los días no se contaban todos con su numeración progresiva de uno á veinte, sino por trecenas de uno á trece, lo cual producía veinte trecenas; que un mismo signo no se repitiera con el mismo numeral en los doscientos sesenta días, y que cada uno de los veinte formara alternativamente principio de trecena. Esto y lo primero producían una fiesta religiosa al principio de cada trecena, y que tocase á cada signo la suya en todo el período del *Tonalamatl*. Lo segundo daba por resultado el que durante los doscientos sesenta días no se repitiese un signo con el mismo numeral; de este modo, dado cualquier día, se encontraba inmediatamente á qué veintena tocaba.

Para esto bastaba recordar que los trece primeros días tenían los trece numerales sucesivos en la primera trecena, y los otros siete los de la segunda; y que cada signo recorría una serie que comenzando en su numeral propio alternaba el orden de 1 á 7 con el de 8 á 13.

Así se forma en las veinte trecenas la tabla de los días trecenales, inserta en el artículo CALENDARIO RELIGIOSO de este diccionario.

La formación de esta tabla es muy sencilla: una vez escrita la primera serie, se van poniendo debajo los números inmediatos. Así, dado el día *6 acatl*, sabemos en seguida que pertenecía á la décimatercera veintena ó sea el mes *Hueypachtli*.

Tonalpohualli. (*Tonalli*, día, *pohualli*, cuenta: «Cuenta de los días.») Nombre que se daba al cómputo de los días de que, según los indios, se componían los períodos vespertino y matutino del planeta Venus, y estaba destinada dicha cuenta al cómputo de *Tonalamatl*. (V.)

Tonalpouhque. (Plural de *Tonalpouhqui*, comp. de *tonalli*, día, y de *pouhqui*, el que cuenta; derivado de *pohua*, contar: «el que cuenta los días,» y translaticiamente, «adivino,» «decidor de horóscopos,» porque éstos tenían en cuenta los días del mes y de la trecena para adivinar ó predecir la buena ó mala fortuna.) «El que sabe conocer la fortuna de los que nacen,» así tradujeron los primeros historiadores al *tonalpouhqui*. Después de que nacía un niño y de que sus padres recibían las felicitaciones y regalos de los parientes y amigos, buscábase en seguida á uno de los adivinos, *tonalpouhqui*. Preguntaba la hora del nacimiento, las circuntancias que lo habían acompañado; consultaba el *Tonalamatl* y las pinturas astrológicas, levantaba la figura como los antiguos astrólogos europeos, y bien considerada, atendido el signo predominante en la hora, la influencia de la deidad reinante en la trecena y las demás circunstancias, decía la buena ó mala ventura, pronosticando, según sus cuentas, bienes ó males. El bautismo se hacía cuatro días después, mas si el astrólogo encontraba que aquél era día de signo infausto, se trasladaba al próximo feliz; por su adivinanza recibía algún regalo, y si en suerte le tocaba formar el horóscopo de un hijo de rey, seguro estaba de quedar rico para toda su vida.

Orozco y Berra, explicando los fines del Calendario Ritual ó *Tonalamatl*, dice:

«Este calendario era ritual, astrológico y adivinatorio. Sólo le entendían los sacerdotes y los agoreros. Los *tlamacazqui*, después de arreglar las fiestas, las anunciaban al pueblo para su cumplimiento, al principio de cada trecena, á semejanza de lo que los sacerdotes romanos practicaban en las calendas. Las personas dedicadas á su estudio y práctica se llamaban *tonalpouhque*, sortílego ú hombre que dice la buena ventura. El modo de proceder era casi idéntico al de los astrólogos judiciarios; con la hora del día del nacimiento de una persona acudían al libro adivinatorio; y consultado el signo reinante, el estado que guardaban los planetas y su recíproco influjo, levantaban la figura, deducían el horóscopo, prediciendo las virtudes y vicios del individuo, los sucesos que le estaban reservados en lo futuro. Daban este pronóstico escrito á los padres del infante, quienes le conservaban diligentemente, y después le entregaban á éste para que le llevara siempre consigo. El hado, sin embargo, no era inflexible como entre los griegos, para quienes un hecho debía cumplirse aunque se pusieran los medios de evitarle; la mala predicción sólo servía á los mexica de aviso saludable, supuesto que el sino podía ser contrarrestado por una educación acertada, por ofrendas y sacrificios á los dioses. De esta manera, el infeliz nacido en condiciones aciagas no debía ser de precisión malo; la sociedad no le tenía como enemigo indefectible, mirándole sólo como á un enfermo quien se debiera atender y curar. Grande opinion gozaban entre el pueblo los *tonalpouhque*, como que se les tenía en concepto de saber el porvenir.»

No deben confundirse los *tonalpouhque* con los hechiceros ó nigromantes, pues que éstos despreciados y perseguidos, sin abrigo en las casas, vivían aislados y escondidos, y en constante pugna con la comunidad.

Curiosa es la narración que de la misión de los *tonalpohque*, en los nacimientos, hace el P. Sahagún, y aunque de ella extractamos el primer párrafo de este artículo, vamos á insertarla á la letra, para vulgarizar la preciosa historia del venerable franciscano, tan poco conoci-